



**Berta Elena Vidal de Battini \***  
(República Argentina)

**El hombre y varios otros animales (varias versiones)**

**Un bien con un mal se paga (Salta)**

Había un campesino que salía muy temprano por una quebrada grande y un despeñadero. En una de esas mañanas oyó el grito del tigre que le decía:

-Amigo, amigo, venga para acá para hacerme un servicio.

El campesino se compadeció, fue y lo encuentra apretado de la mano con una piedra. El tigre le pide por favor que le saque la piedra, que le dará en recompensa todo lo que necesite. El campero lo libra de semejante prisión y él mismo pregunta:

-¿No me va a comer?

-Vea amigo, yo me encuentro con mucho hambre -le responde el tigre.

El campesino le dice:

-Vamos al juez.

Y en el camino se encuentran con un caballo flaco. El campero le dice:

-¿Quiere, amigo, servirnos de juez?

El caballo responde que con mucho gusto. El campero principió a contarle al caballo en la forma que lo había encontrado al tigre, como también a lo que se había comprometido. El caballo da la sentencia de que el tigre debía comerlo al campero y le dice estas palabras:

62

-Comaló porque a mi también los hombres me han dejado flaco.

Entonces el tigre pega un avance al campero y éste le dice:

-¡Eh, amigo, vamos a otro juez!

Después se encuentran con un buey y para igual cosa da la misma orden del caballo. Después salen en busca de otro juez y se encuentran con don Juan, el zorro.

Don Juan venía silbando y el campero le dice:

-¿Quiere, don Juan, servirnos de juez?

El zorro le responde que estaba bien.

-Siempre hice buenas justicias en el juzgado y en la policía -dice el zorro.

El zorro pidió que fueran al lugar donde el campero lo había encontrado al tigre. El zorro le pide al tigre que se coloque la mano como cuando lo vio el campero. El tigre obedece. El campero levanta la piedra y se la coloca sobre la mano. El zorro da la sentencia que es la siguiente:

-Dejeló que muera apretado, y yo tomo este camino y usted se va por el otro.

*Rosario Gil, 30 años. Candelaria. La Candelaria. Salta, 1946.  
La narradora es maestra de escuela. Oyó el cuento a campesinos de la región.*

## **. El tigre, el leñador y el zorro (Salta)**

Una vez un leñador iba entrando en un monte para hacer leña. Iba con su hacha al hombro, cuando se da con don Tristán, el tigre, que estaba con una mano agarrada con una astilla de un hueco de un árbol, donde había una colmena que había querido sacarla y comerla. Después que se había agarrado no había podido sacar la mano y hacía ya varios días que se encontraba colgado. Al verlo al leñador, don Tristán le pidió lo librara, pues ya no podía de dolor y se veía condenado a morir colgado y de hambre. El hombre se negó sacarlo diciendolé:

-Usted es muy peligroso. En cuanto se vea libre va querer comerme.

El tigre le prometía respetarlo en todo momento no haciendolé nada que le pudiera molestar. Tanto clamó que al fin el leñador se condeue y haciendo palanca con el cabo de la hacha, ha conseguido abrir un poco l'astilla. Así ha conseguido don Tristán sacar la mano agarrada, agradeciendolé muchísimo al leñador por el servicio que le ha hecho, siguiendo con su compañero monte adentro. Pero a poco di andar y con el hambre que tenía, le dijo al hombre:

-Mire, amigo, se me hace que voy a falsiar mi compromiso y voy a tener que comerme, pues, ya no aguanto más el hambre. A más, con mi mano estropiada no voy a poder hacer presa hasta que me mejore.

64

El hombre le ha dicho entonces:

-¿Ha visto? Por eso yo no quería sacarlo de donde estaba colgado. Porque ya me imaginaba que usted no me respetaría.

En ese momento se ha aparecido don Juan, el zorro. Entonces don Tristán le ha dicho que lo nombraran de juez y que lo que él resolviera lo iban a repetir. Hablaron a don Juan y éste se prestó gustoso para hacer justicia. Don Tristán había pensado que como don Juan tenía que ser contrario al hombre, le daría la razón a él. Eso le había decidido a pedir que lo nombraran juez.

Don Juan, ya en su papel de juez, dijo que había que reconstruir el hecho. Entonces han vuelto al lugar donde estuvo colgado don Tristán. Una vez que han estado en el lugar, ha ordenado al leñador abrir con el cabo de la hacha la astilla del árbol, y a don Tristán le ha dicho que metiera la mano para ver en la forma que se encontraba cuando el hombre lo sacó. Don Tristán no ha querido poner la mano, pero como don Juan era juez, y tenía toda la autoridad, le ha ordenado que la ponga y no ha tenido más remedio

que obedecer. Cuando el hombre ha visto la mano de don Tristán atrás de la astilla, ha sacado de golpe el cabo de la hacha y el tigre ha quedado de nuevo apretado, sin poder librarse. Entonces don Juan ha dicho que habiendo estado en esa situación y habiendo sido librado por el hombre, quería don Tristán pagarle esa acción comiendoselé. Que esa era una picardía que no podía tener perdón de Dios, y que le ha ordenado al leñador que le diera con el ojo de la hacha por la cabeza, lo que el leñador no se ha hecho esperar y lo ha matado de un golpe a don Tristán.

Cuando esto ha sucedido, el hombre le ha pedido a don Juan que le dijera que cuánto le tenía que pagar, a lo que don Juan ha contestado:

-Yo no cobro nada, pero si usted se empeña le estimaría que me diera un par de pollos cada vez que le fuera posible.

El hombre ha accedido gustoso a lo que don Juan le ha propuesto, y quedaron de que él le llevaría los pollos a un lugar que le ha indicado don Juan. El hombre le ha llevado los pollos y don Juan ha quedado encantado, pero ahí no más le ha pedido que le lleve otro par, porque su señora, doña Juana, tenía cachorros y necesitaba alimentarse para tener buena leche.

El hombre le ha llevado los pollos otra vez, y otra vez don Juan le ha pedido otro par. Don Juan no se llenaba nunca y cada vez pedía más pollos. El leñador ya no tenía más gallinas y cansado de pagar una deuda tan grande, le ha dicho a don Juan que le llevaría un par de lechones, en lugar de los pocos. Le ha dicho que los lechones eran ya medio grandecitos. Don Juan encantado ha aceptado y ya se relamía pensando en el bodonión<sup>32</sup> que se iba a dar con los lechones.

Ha llegado el hombre al lugar que tenía indicado para sus entregas, con una bolsa al hombro, muy cansado. Que ha tirado la bolsa delante de don Juan y le ha dicho que estaba tan cansado que no tenía alientos para abrirla, que la abra él. Don Juan muy gustoso la ha abierto. Cuál no sería su asombro cuando ha visto que en lugar de lechones han salido dos perros, que han puesto en fuga a don Juan, y que de no mediar la poca distancia a que quedaba la cueva, lo hubieran alcanzado y lo hubieran muerto. Cuando ya el zorro ha estado en la cueva, seguro, ha llegado el hombre y le ha dicho a don Juan:

-Pero, don Juan, usted se ha asustado mucho por una broma. El zorro con el susto se ha puesto todo sucio, y pasandose la mano por abajo de la cola y mostrandolé al hombre, le ha dicho:

-Maver<sup>33</sup>, olé tus bromas.

Y así ya no le ha querido pedir más pollos ni lechones don Juan al hombre.

*Antenor Sánchez, 73 años. Chicoana. Valle de Lerma. Salta, 1954.*

*El narrador es un famoso domador y conocedor de la vida del campo en Salta. Gaucho inteligente, ha cursado el Primer Año del Colegio Nacional.*

**El tigre, el quirquincho y el novillo (Jujuy)**

El quirquincho dice que 'taba en el campo y el tigre lu ha veniu y lu ha pisotiau. Y después que le dice:

-¡Eh! ¡Tío, no me pise!

-¡Ah! Yo cráiba que era bosta 'i vaca.

Y después, dice que le dice:

-Tío, vayasé y esperemé en un trecho en la montaña<sup>34</sup>.

Y después que el quirquincho lleva una hacha. Y después dice que le dice al tigre:

-Yo le voy a echar unos novillas y esté los va a pillar.

Después, a un monte<sup>35</sup> medio grueso lu había mochiau<sup>36</sup> el quirquinchu. Y lu ha abierto al palo y li ha metíu l'acha como calza. Y di áhi dice que el tigre ha veníu y li ha preguntau por los novillos, po. Y el quirquinchu que li ha dichu:

-Ayude, tío, meta la pata pa rajar el palo.

Y dice que li ha hecho meter la pata en la rajadura y li ha sacau la calza. Y lu ha dejau apretau pa que no lo coma. Y di áhi que li ha dicho:

-¡Soltami! -que el tigre bramaba de dolor.

67

Y que li ha dicho el quirquincho:

-Ya le voy a echar l'hacienda.

Y éste ha ido a tráila.

Y la ha tráido y él si ha ido no más.

Entonce ha veníu l'hacienda balando y el tigre qué va a matar, po, si 'taba agarrau. Y ha güeltiau la hacienda. Y el tigre igual que bramaba de dolor. Y dice que si ha arrimau un novillo y que el tigre li ha dichu:

-¡Soltami!

-No, me vas a comer -li ha dichu el novillo.

-¡Soltami, no te vuá comer!

Y ha estau el novillo, y ha metíu das hastas en la rajadura y lu ha soltau. Y ni bien qui lu ha soltau se lu ha comíu. Que de estar el tigre áhi 'taba con hambri. Lu ha pagau mal al pogri.

*Rosendo Martínez, 75 años. Cerro Chico. Tilcara. Jujuy, 1952.*

*Pastor colla. No habla quichua, pero conserva hábitos lingüísticos del bilingüismo.*

## **El tigre, el zorro y el hombre (Jujuy)**

Un zorro vivía con el tigre. Era su tío. Siempre lo llamaba tío tigre.

Cuando carniaban un cabrito o cualquier otro animal, siempre comía él lo

mejor y le daba al zorro las achuras<sup>37</sup>, y tenía que conformarse el pobre zorro porque debía ser obediente a su tío tigre.

Cuando el tío tigre se llenaba bien, y el zorro le desobedecía en algo, le daba una penitencia. Decía:

-¡Zorro!

-Tío -contestaba el zorro.

-Vení, vamos a la cueva, llevame de la cola.

Iba obediente el pobre zorro porque le tenía miedo. Levantaba la cola del tigre y seguían los dos a la cueva. De rato en rato, el pobre zorro sentía un olor poco agradable. Pero no tenía que decir que eran olores desagradables<sup>38</sup>. El tigre le echaba bosta encima. El zorro tenía miedo.

-¿Qué sientes? -le decía el tigre.

-Florestica, florestica -decía por detrás, el zorro.

-¡Ah, bueno!

Seguían caminando y llegaban a la cueva. El zorro estaba cansado de hacer este trabajo y de ser obediente a su tío. Su tío era muy severo con él.

69

Un día, el zorro le dijo:

-Ya no voy a sufrir más mucho. Ahora lo voy a denunciar. Voy a avisar a los vecinos que es él el que se come la hacienda de todos los que estamos cerca de esta cueva. Voy avisar -dijo el zorro.

Durmió pensando, y al otro día temprano se fue a la casa de un señor vecino y le dijo:

-Señor, señor, el tigre se come toda la hacienda de todos los vecinos que están cerca de la cueva de él.

-¿Y dónde es la cueva? ¿Dónde 'tá ese animal bandido, po? -dijo el hombre.

-Por allá cerca, allá, en la montaña. Lejos, áhi 'tá la cueva del tigre.

Ése es ¡malo, malo! Se come la hacienda di ustedes.

-¡Ahora va a ver el tigre! -dijo el hombre.

Se fue... el zorro, después de comunicar lo que él tenía la intención de hacer. Al día siguiente el tigre fue cazado por el hombre. Y le dice:

-No te voy a matar, pero vas a morir aquí, seco de hambre. Ponete abajo de esta piedra. Poné, te digo, tus patas bajo de esta piedra. Esta piedra aquí te va tener hasta que mueras.

Puso el animal las patas. Allí estuvo mucho tiempo. Y gritaba:

-¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me muero di hambre! ¡Por favor, socorro!

¡Socorro!

Oyó un hombre que pasaba por allí cerca ese clamor. Llegó hasta el lugar y encontró al tigre. Entonces al verlo, el tigre se alegró y le dijo:

-¡Ay, por favor! ¡Señor hombre, haceme un favor! ¡Nunca más voy a volver hacer lo que hacía! ¡Perdoname! ¡Perdoname! ¡Haceme un favor! ¡Un favor!

Es la última vez que me voy a portar mal. ¡Sacame esta piedra de encima!

¡Sacame esta piedra de encima!

-Güeno -dice el hombre.

Le sacó la piedra y le dejó libre.

Cuando estuvo libre, se abalanzó sobre él y le dijo:

-¡Te como! ¡Te como porque tengo hambre!

70

-¡No! ¡No me vas a comer vos! ¡No me vas a comer! -le dijo el hombre- porque yo te he salvado la vida. ¿Es posible que ahora me quieras comer?

¡No puede ser! ¡No puede ser! Vamos a buscar justicia. Vamos a apelar a un juez. Él tiene que resolver cuál de los dos tenemos razón. Yo que te he hecho un favor o vos que tienes hambre.

Se fueron los dos a buscar un juez. Encontraron un burro, un burro flaco, en el camino. Bien flaco. Le dijo el hombre:

-Mirá, burro, vos sos el juez de este lugar. Cuál de los dos tenemos razón, yo he librado a él debajo de una piedra grande, que se iba a morir. Pero él me quiere comer, me quiere comer porque dice que tiene hambre. Que no puede irse a buscar qué comer por otro lado, que me tiene que comer a mí. No puede ser, ¿no cierto, señor Burro?

Y entonces el burro, como tenía, resentimiento con el hombre, porque le hacía trabajar mucho, le dice:

-Que te coma, porque el hombre ha sido malo conmigo, me ha tratado mal. ¡Que te coma!

-¡Ha visto! ¡Tiene razón, tiene razón! -dijo el tigre.

-No, vamos a buscar otro juez -dijo el hombre.

Fueron a buscar otro juez y encontraron en el camino un caballo flaco, flaco el caballo. Y le dijo el hombre:

-Señor juez, este tigre me quiere comer. No puede ser.

Dijo el tigre:

-Pero yo tengo hambre.

-Pero yo te he salvado, po. Te he salvado, po -le dijo el hombre-. ¿No es cierto que tengo razón, que debe reconocer?

-No, que te coma no más -dice el caballo- porque los hombres han sido muy malos conmigo, muy malos.

-¡No puede ser! ¡No puede ser! -dijo el hombre.

Se fueron otra vez en busca de otro juez. Encontraron en el camino al muy singular zorrillo. 'Taba muy sentado en una piedra.

-¿Usted es el juez de este lugar? -le preguntó el hombre.

-Sí -dijo el zorrillo, como siempre muy alerta-. Yo soy el juez, y el juez que hace justicia. ¿Qué les pasa a ustedes dos?

71

-El tigre me quiere comer. Yo le he hecho un favor. Le he sacado una piedra grande de encima. Le 'taba apretando las patas delanteras. Se iba a morir de hambre ahí. Yo le he soltado. Ahora me quiere comer. ¿Es justo, señor juez?

-¡No! ¡No, no, no! Eso no es justo. Vamos al lugar y vamos a ver cómo estaba el tigre, y cómo libró usted al tigre.

Se fueron al lugar. Llegaron, y dijo:

-Señor Tigre, ponga usted sus patas como estaban. Y señor, usted, ponga la piedra en la forma que lo encontré.

Puso el hombre la piedra. Dejaron de nuevo preso al pobre tigre.

-¡No! ¡No! -exclamó el tigre.

-Pero no, eso es justicia. Así se hace justicia -dijo el zorrillo.

Y se fueron los dos con el hombre. Entonces le dijo el hombre:

-Ahora, por el favor que me has hecho, ¿qué puedo darte? ¿Cómo puedo pagarte este favor?

-Hombre, no tienes mucho que hacer. Me tienes que dar corderitos chiquitos, tiernitos, cuando yo te los pida y tenga hambre. ¿Quedamos así?

-Bueno, bueno -dijo el hombre.

-¿Sabes cómo vamos hacer para que vos sepas cuándo te dejo yo un corderito? En la estancia, en un chiquero<sup>39</sup>, te voy a dejar un corderito chiquito, que te voy a criar a propósito para vos. Vos, cuando tengas hambre, llegas y dices: ¡Chita! ¡Chita! Y entonces el corderito sale y vos lo comés. ¿Conforme?

-¡Muy bien, amigo hombre! ¡Muy bien!

Quedaron así. Pasó mucho tiempo. El hombre, todas las veces que tenía hambre el zorro, tenía que dejarle un corderito. Y él llegaba: ¡Chita!, ¡Chita!, ¡Chita!, y se comía el corderito.

Bueno, se cansó el hombre. Un buen día dijo:

-¡Oh, este zorro ya me tiene cansado, muy cansado me tiene este zorro! Ahora no voy a dejar cordero. Nada voy a dejar. Ahora voy a criar perros, perros malos, que lo coman.

72

Crió los perros. Cuando llegó un buen día el zorro: ¡Chita!, ¡Chita!, ¡Chita!, junto al chiquero, salieron los perros grandes y lo han corrido y hasta darle alcance. Pero mientras corrían, el zorro gritaba, gritaba:

-¡Nietos y biznietos, quedan a cobrar esta deuda del hombre hasta el fin del mundo! ¡Nietos y biznietos, quedan a cobrar esta deuda del hombre hasta el fin del mundo!

De allí que el zorro se hizo dañino porque el hombre no había cumplido con él. Antes nu era. Cuando tenía necesidad de comer, pedía. Desde entonces, no pide, es dañino.

*Santusa Osedo, 42 años. Rinconada. Jujuy, 1968.*

*La narradora es maestra. Nativa de este lugar lejano de la Puna, aprendió el cuento de la madre que era una gran narradora, pero que a los 80 años ha perdido la memoria. La familia es indígena.*

## **El tigre, San Isidro y el zorro (Tucumán)**

Pues, señores, diz que una vez San Isidro que era melero, había salío pal monte buscando miel. En lo que sacaba una lechiguana, diz que había oído una voz que le decía: ¡Socorro, Isidro, me muero!

Entón, San Isidro diz que se había dao güelta, pa ver di ande salía la voz, pero que nada vía.

Otra vez diz que empezaron unos quejidos muy tristes, como si alguno estuviera finuquiando<sup>40</sup> y nada podía ver San Isidro.

Ya diz que iba a seguir viaje cuando mira pa un lao del camino y lo alcanza a ver a don Ilijonso<sup>41</sup>, el tigre, que había estao apretao con una peña.

Eso no más que vio San Isidro y no quiso ver más. Áhi qui había salío disparando de miedo.

-Venga amigo, ¡no me deje que me voa morir! -diz que le había gritao don Ilijonso-. No lo voa comer, ¡no me tenga miedo, señor!

-Güeno, si no me vas a comer te guá sacar la peña.

-Cómo te guá comer, sinó soy tan mal pagao. ¡Nunca me voa olvidar del favor que hagáis agora! -diz que le había contestao don Ilijonso, el tigre.

74

Entón, que San Isidro le había créido, se había ido y le había levantao la peña. Entón que don Ilijonso pudo salir medio cogiendo y quejandose de dolor, y había quedao echao de dolor áhi no más. Entón que diz que le dice a San Isidro:

-¡Cónque le pagaré tanto favor que me ha hecho, San Isidro, yo que soy tan pobre enteramente!

-Nai, siempre que no me coma, toito está pagao -diz que había dicho San Isidro.

-Qué lo voa comer amigo -diz que había contestao el tigre.

Áhi habían quedao conversando un rato, muy amigos, cuando en eso dice que da un ronquido don Ilijonso y diz que le dice a San Isidro:

-¡Ay! amigo, tres días sin comer nada, y ¡tan gordito que está usted, amigo, y tan lindo pa comerlo, amigo!

-¡Ah! eso sí que no va a suceder, mi amigo -diz que le había contestado San Isidro-. Trato hecho que no se güelva afrecho. Usted me dijo que si le sacaba la peña no me iba a comer, y tiene que cumplir su palabra.

-Vea, amigo -diz que le dijo el tigre-, tengamé lástima, amigo, tres días hi estao sin comer y si no lo como a usted me voa a morir di hambre.

-Bueno, entón, pa que usted me coma, primero vamos a buscar un juez -diz que había dicho San Isidro-. Si él dice que me coma, mi hai comer, y si dice que no, no mi hai comer.

-Güeno -diz que había dicho don Ilijonso-, así será. Y tomaron por áhi los dos, buscando un juez justo.

Por áhi en lo que iban diz que lo habían alcanzao a ver a don Gregorio -éste era el güey-. Que diz que cuando lo había visto a don Ilijonso, diz que había puntiao disparando de miedo pa medio 'el monte.

-Amigo, amigo, amigo -diz que le había gritao San Isidro-. Venga, amigo, hagamé un favor. Páque somos amigos, entón.

-¡Ay!, amigo, sólo por usted me paro. Qué anda queriendo, amigo -diz que 'bía contestado don Gregorio, de lejos no más, y medio temblando de miedo porque lo vía a don Ilijonso.

75

-Amigo, lo estoy queriendo pa que me sirva de juez, amigo -diz que le había dicho San Isidro.

-Nai, bueno, viamos primero lo que hay, pu.

-Amigo, en lo qu'hi andao meliando oigo uno que me gritaba que lo favorezca. En eso lo veo a don Ilijonso que había estao apretao con una peña. Nai, yo no lo quería sacarlo por que m'iba comer. Que l'hi sacao la peña. Agora me dice que tiene mucha hambre y que me va a comer, por eso le vengo a molestar, amigo, pa que me sirva 'e juez. Si es que me va a comer, que me coma, y sinó, no.

Entón diz que le 'bía contestado don Gregorio:

-Amigo, así no más sucede en esta vida, cuando uno haga un favor espere un

mal pago. Vea amigo don Isidro, yo también cuando hi sío joven jui un güey como no había otro. Mi amo me tenía pa Güenos Aires, pa Córdoba, y toitos mis compañeros descansaban por áhi, pero yo no tenía alce42. Me hacían llegar di un viaje y ya me prendían pa otro. Así m'hi acabao antes de tiempo, señor, haciendoló ganar a mi amo mucha plata, y agora que soy viejo me han echao pal monte, pa que si engordo, me vendan pal matadero y sinó pa que me coman los caranchos. Ya ve amigo, así sucede siempre. Un bien con un mal se paga.

-Amigo don Gregorio, no me gusta su sentencia, vamos a buscar otro juez más justo -diz qui había dicho San Isidro. Nai, qué más iba decir el güey, si daba en contra e don Ilijonso tenía miedo que lo coma a él.

Güeno, siguieron viaje, por áhi. En lo que iban lu ha alcanzaó a ver a don Felipe -éste era el caballo.

¡Qué, cuando lo 'bía visto al tigre, amigo, 'bía puntiau huyendo pa medio 'el monte!

-Amigo, amigo -diz que le 'bía gritao San Isidro-. Venga, amigo, hagamé un favor. ¿Pa que somos amigos sinó pa los casos de necesidar?

-¿Qué quiere, amigo don Isidro? Sólo por usté me paro -diz que había dicho don Felipe, bajando las orejas de miedo y medio teniendosé cuando lo vía al tigre.

76

-Amigo, lo hi llamao pa que me haga un favor muy grande, amigo. Quiero que me sirva de juez en una cuestión que tengo con este señor don Ilijonso.

-Diga no más, señor, qué se le ofrece, que pudiendo ya sabe amigo lu hi di ayudar.

-Amigo, yo andaba meliando, cuando en eso oigo uno que me gritaba y me pedía socorro. En eso lo veo a don Ilijonso que 'bía estao apretao con una peña. Nai, yo no lo quería sacar por que me hacía que m'iba a comer, pero él me dijo que no me 'bía hi comer, y agora que lo hi sacau, ya dice que me va comer no más y por eso quiero que me sirva de juez.

-Vea, amigo -que le 'bía contestao don Felipe-, cuando usté haga un favor no espere un buen pago. Yo cuando fui joven, era un caballo como no había otro. Lo hice ganar miles de pesos a mi amo, en carreras, en viajes, en fin. Pa las carreras, amigo, no 'bía quién me gane. Así hi acabao antes de tiempo. Agora, que soy viejo y necesito que me cuiden, me han cebao pa que si engordo me hagan jabón, y sinó, pa que m e coman los cuervos. Ya ve, amigo, que un bien con un mal se paga.

-No, amigo, no me gusta usté como juez. Vamos a buscar otro.

Tomaron pal medio 'el monte, don Isidro y don Ilijonso.

Por áhi dicen que iban, nai, don Ilijonso, que ya contaba muy segura la presa, y don Isidro, nai, que iba muy triste porque toito los jueces se estaban poniendo muy mal pa él. Cuando diz que 'bían empezao a sentir como un ruido a espadas que se venía pal lao de ellos.

-Por áhi se me hace que viene la autoridá -diz que había dicho don Isidro. Cuando en eso diz que ya la 'taban viendo que venía por un lao del camino. Éste era el alcalde, don Juan el Zorro. Diz que venía con una espada más grande qu' él, torciendosé los bigotes y meniandosé pa toitas partes.

-Salú amigo don Juan -diz que li 'bían dicho a un tiempo don Isidro con don Ilijonso, a la autoridar.

-¿Cómo les va muchachos? -diz que les había contestao la autoridar sin

mirarlos siquiera.

77

Que, diz que don Ilijonso medio había empezao a sentarse pa 'trás, cuando lo 'bía visto no más a don Juan. Porque diz que el zorro le ganó no más al tigre. Como el zorro es tan diablo...

-Mi señor alcalde, a usté lo andoy buscando pa que me sirva de juez en una cuestión con este señor don Ilijonso -diz que había dicho don Isidro.

-Siempre me hai dar qui hacer este viejo overo -diz que había dicho don Juan, diciendo por don Ilijonso-. Decí no más, qu' es lo que querís, Isidro, como que juez soy.

-Señor alcalde, en lo qu' hi andao meliando oigo unos gritos y en lo que me doy la güelta para ver quién me llamaba, lo alcanzo a ver que don Ilijonso estaba apretao con una peña. Yo no lu iba a sacar, cuando él me ha pedío de favor que lo saque, que diz que no m' iba a comer -que 'bía contestao don Isidro.

-Güeno, vamos pa que me mostréis a dónde ha estao el viejo -diz que 'bía dicho don Juan-, porque yo pa ser juez justo hi de ver primero cómo ha estao.

Güeno, diz que se 'bían güelto pa 'trás. Y por fin habían llegao hasta donde lo había hallao a don Ilijonso.

-Velay, aquí ha estao don Ilijonso.

-Güeno, echate, viejo, como has estao -diz que li había dicho a don Ilijonso, don Juan.

-¡Nai qué!, tuvo que hacer no más caso don Ilijonso. Cuando si había echao, diz que le dice a don Isidro, don Juan:

-¿Y vos solo has levantao esa peña, Isidro? Medio no te estoy crendo. Ma43, volvela a poner encima como ha estao pa crerte.

Nai, claro, como don Isidro era juerzudo había levantao a la peña y la había puesto encima de don Ilijonso.

-Güeno, agora, pa que otra vez sepa cumplir su palabra, pegale con l' ojo l'hacha.

78

Nai, qué, don Isidro antes que había terminado de hablar la autoridar, ya diz que le había asentao con tanta juerza, que ni ¡ay! había alcanzao a decir don Ilijonso. ¡Al otro mundo se jue!

-¡Ay!, amigo. ¡Cónque le voa pagar tantas finezas! ¡Señor alcalde, yo soy tan pobre y nada tengo!

-Nai, an cuando sea con un par de chivitos d' esos que vos tenís tan gorditos y tan churitos44, que los hi visto el otro día.

-¡Cómo no, amigo, aunque son dos no más los que tengo, pero l' hi tráir! Usté también ha sío tan güeno, amigo, ¡cómo no l' hi regalar!...

-Güeno, por áhi, en la orilla de tu cerco hi de andar mañana, por áhi me lo has de llevar. Mañana tempranito yo hi de andar por áhi. Güeno, entón, adiós.

-Güeno, adiós, señor alcalde, ¡muchas gracias!

Nai, diz que se habían despedido muy amigos. Nai, a don Juan diz que ya le parecía que estaba haciendo sonar los güenos de los cabritos. Y diz que decía:

-¡Qué güenos bocaos me voa comer mañana! ¡Si no hay otro como yo pa juez! ¡Tá que me voa poner las botas con el Isidro tonto! Sobre que l' hi visto

unas gallinas tan lindas... Y unos patitos... Qué les guá decir. Después que los coma a los chivitos l' hi de hacer la propuesta que me los venda. Me l' hai<sup>45</sup> de dar no más -Y diz que 'bía suelto una carcajada muy contento.

¡Nai, que!, eso que se 'bían separao don Isidro también diz que había empezao a pensar en sus cabritos.

-Nai, no me está gustando nada lo de mis cabritos -diz que decía-, y sobre todo que me los ha regalao mi comagre Cecilia, ¡qué le guá dar! ¿No ven? ¿Este pícaro hai querer que le dé mis chivitos? No, no ti dar nada...

Pero, este canejo no me va dejar de embromar. ¡Qué voa hacer por Dios! Güeno, don Gregorio y don Felipe me han dicho que «un mal hai de 79 pagar». Güeno, yo también no m' hi quedar atrás. Yo también lo hi de embromar a don Juan Alcalde. Vamos a ver cómo salimos.

Al otro día bien temprano diz que andaba rondando el cerco don Juan, lamiendosé los bigotes, diz que andaba. De vez en cuando diz que daba un grito ¡cuac!... que decía pa que don Isidro no se olvide d' él.

Ya diz que lo había visto también a don Isidro que venía cargao con una bolsa.

-¡Ajá! ¡Ya viene Isidro! ¡Pucha que parecen gorditos, preparesén dientes!

-Güen día, señor Alcalde, ya l' hi tráido los chivitos -diz que había dicho San Isidro.

-Qué tal, amigo, bajelón no más. Los voa a tantiar primero -diz que había dicho Juan-. ¡Ajá! ¡Gorditos parecen! Abra la bolsa, voa a jugar un ratito primero hasta que se me alijen las uñas un poquito.

-Güeno, señor, preparécé no más. No, que van a querer huyir -dijo San Isidro.

Que antes qui habían acabao de hablar, diz que habían salío dos caschis<sup>46</sup> lanudos, y cuando lo 'bían visto a don Juan lo 'bían puntiao corriendo.

Que don Juan no hay quien lo gane en listo, diz que también había puntiao saltando zanjas, alambras, cercos. Diz que iba y que decía por áhi:

Arriba piernas,  
abajo zambas,  
que en esta vida  
no se paga más que con trampas.

Y los caschis diz que, ya ti agarro y no te agarro, diz que lo tenían.

Por áhi había encontrao una cueva y áhi se 'bía suelto don Juan. Áhi si había podío salvar don Juan Alcalde. Nai, que los galgos diz que 'bían quedao al lado 'e la puerta, no más. Güeno, <sup>80</sup>después que le 'bía pasao la sustiada, don Juan diz que empieza a verse las patitas, y diz que decía:

-¡Ah, mis patitas!, se han portao azora. ¡No hay otras como las mías! Tan churitas y tan ligeras, qué se habían de dejar correr con esos caschis tan fieros.

En eso diz que se ve la cola sucia y que dice:

-¡Ve! Esta cola no sirve para nada. ¡Comela, comela perro, comela! -y diz que iba reculando pa 'trás, pal lao la puerta, sin crer que áhi 'taban los perros.

Cuando en eso me lo 'bían agarrao los galgos, lo 'bían sacao de la cola y me lo había hecho charqui. Nai, don Isidro 'bía quedao riendo de la trampa que le 'bía hecho al zorro.

Nai, yo dentré por un zapato roto pa que usté me cuente otro.

*Cecilio Panta, 71 años. El Molino. Chicligasta. Tucumán, 1946.  
Campesino rústico. Muy buen narrador.*

### **El caso del tigre y el zorro (Tucumán)**

Una vez estaba el tigre apretado con una piedra en la mano. Por áhi fue pasando un buey. De esos viejos que cuando ya no lo ocupan para el trabajo lo largan al monte. Y justo el tigre lo vio pasar y le dice:

-Che, hermano, vení, dehapretame.

Y le dice el buey:

-No, yo no te dehapreto porque yo, cuando llegué a viejo, me corrieron al monte, me botaron.

Bueno, quedó apretado no más.

Al rato viene el caballo, y le dice:

-Che, ¿por qué no me venís a sacar la piedra?

-No, vos me vas a comer.

-No, te ruego por todos los santos que no te voy a comer. Te ruego. No te como nada yo.

-No, vos me vas a comer.

-No, te ruego, no te voy a comer.

Bueno, el caballo como es tan bueno, se pone a sacale la piedra de arriba de la mano.

Y después cuando ya le sacó la piedra de la mano, el tigre le dijo que lo iba a comer. Y en ese preciso instante iba pasando don Juan. El caballo justo lo vio, lo llamó.

-Don Juan, venga para acá.

Vino don Juan y le dice:

-Don Juan, mire, yo lo dehapreté al tigre de la piedra, y él me dijo que no me iba a comer y después que yo lo dehapreté me dijo que me iba a comer.

82

-No -dice-, yo soy el juez -dice-. Tengo que vé cómo 'taba el tigre.

Entonce puedo dar el resultado yo -le dice.

Bueno, el tigre se pone la mano y el caballo le pone la piedra. Y don Juan dice:

-Por pícaro, dejelón áhi que se funda.

*Carlos Antonio Díaz, 21 años. Lote 16. Río Chico. Tucumán, 1970.  
Peón en el cultivo de la caña de azúcar.*

### **El tigre ingrato (Tucumán)**

Por el montecillo, iba por el camino un hombre. Lo ha encontrado al tigre apretau con un árbol. Entonce el tigre le dice:

-Vea, amigo, porque no hace el favor, me dehapreta. Me dehapreta, vea.

-No -le dice-, usté me va a comer si lo dehapreto.

-No, que no lo vuá comer.

Bueno, muy bien, tanto pedile, lo dehapreta el hombre. Y bué... Por áhi cerquita no más ya lo quiere comer el tigre.

-¿Ha visto? No, no, no, esperesé -dice- vamos a buscar un juez, pa que recién me coma. Vamos a ir a un juez.

Van caminando por áhi, por un camino. Encuentran un caballo ya medio flacucho, ya liquidado. Le dice:

-Éste, este caballo nos va servir de juez -dice el hombre.

-Muy bien, diga lo que es -dice el tigre.

Se para el caballo.

-¿Qué le pasa? -que dice el caballo.

-Vea, este hombre ha 'tau apretau con una rama, o sea el tigre, y me ha pedíu que lo dehaprete, que no me va comer. Y ahora porque lo hi dehapretau me quiere comer. Quiero que usté solucione esta situación.

Y dice el caballo:

-¡Comaló, no más a éste! Porque el hombre es el que mi ha liquidau así y mi ha dejau en este estau.

-No, no, no -dice-. Vamos primero, vamos a otro juez. Segundo, en fin, tercero, tendrá que ser. Recién me va comer.

84

-Bueno, vamos a otro juez.

Van por áhi. Lu encuentran al buey. Bueno, medio flacucho el buey, liquidau. Le dice el hombre:

-Vea, pensé y quiero que usté me solucione esta situación.

-¿Qué le pasa?

Ya avisa<sup>47</sup> el tipo lo que le ha pasau, como lo que avisó al caballo. Le dice el buey:

-Comaló no más -le dice- porque él mi ha liquidau -dice- y mi ha dejau así, en este estau.

Entonce dice:

-No, no, no, vamos al tercer juez.

Llegaron por áhi, en lo que iban, dice, y lu encuentran al zorro, a don Juan, que le dice:

-¡Ah, usté me va a solucionar este problema!

-¿Qué le pasa? -que le dice.

El tigre diz que era tío del zorro.

-Mire lo que me pasa, aquí el tigre me quiere comer después que lu hi dehapretau, en fin, y ahora quiero que usté me dé una solución a este caso.

-Bueno, vea, yo, sin ver el caso no se pude solucionar eso. Vamos a ver adonde ha sido el lugar del hecho.

Se vuelven pa atrás.

-A ver, ¿cómo ha síu el asunto?

-Vea, él, el tigre ha 'tau apretau con esa planta, aquí, y él me pedía que lo dehaprete porque no m'iba a comer. Y bueno, ya lu hi dehapretau y me quiere comer. Ahora va ver pa que falle.

-Pa que falle esto tengo que ver cómo ha síu el asunto. A ver, cómo ha 'tau usté. A ver. Echesé.

Se echa el tigre y ya si ha apretau una pierna y un brazo con el gajo 'el árbol. Y dice:

-Aguantesé. Quedesé no más áhi, por desagradecido.

Entonce él, el zorro, le pregunta al hombre:

-Muy bien, amigo, ¿'tá conforme con la sentencia?

Y que le dice el hombre:

-Después que usté mi ha salvau esta situación, ¿con qué le puedo agradecer a usté?

85

Y que le dice el zorro:

-Y, con lo que sea su voluntá.

-¿Qué le parece? ¿Qué le gustaría que le regale?

-Bueno, una atención, una gallinita...

-Mejor -que le dice- vea, le vuá regalá un señor<sup>48</sup> par de cabritos.

¡Ah!..., ¡el zorro contento!, ¡claro!, ¿no?

-¿Y cuándo me los va trair?

-¿Y adónde quiere que le entregue? Usté dirá -que le dice-, señor juez.

-Vea, en tal parte, en la lomita tal, áhi yo tengo mi casa -dice-. Usté me los lleva para áhi -que dice-. Entonce áhi yo lo vuá esperá.

-Yo le vuá llevá. Tal hora, cerca 'e la oración, que nadie vea, le vuá llevá.

-Muy bien -dice-, yo lo vuá esperá.

Y este hombre, en agradecimiento -ya va vé lo que le había hecho, ¡pobre juez! Li había embolsau en una bolsa otra cosa y si había ido. Se va allá.

Lu espera en la lomita, áhi. Y entonce le llevó la bolsa con los dos cabritos para el juez, y habían sido dos caschis<sup>49</sup> bravos. Cuando el zorro la empezó a arrastrar a la bolsa pa llevarla a la casa de él, para podela devorar, se le abrió la bolsa y salieron los dos caschis. ¡Por Dios!, y lo sacaron al zorro, y lo empezaron a corré. El zorro disparaba para acá, pal otro lado, y seguía por medio 'e los matorrales. Ya traspirado había podido llegar a la cueva. Se entró a la cueva. Y los caschis se quedaron en la boca de la cueva. Y el zorro, después se miraba la cola mojada, no sé qué pasaría áhi, ¿no? La mojación no podía ser sudor. Entonce que decía el zorro, que retrocedía pa ajuera y decía:

-¡Comalón a la cola por floja! ¡Cómo si ha dejau babiar con los caschi!

Y para mí que no era baba, sinó otra cosa de mal olor. Y áhi lu agarraron los caschis y lo mataron.

*José Cirilo Gómez, 61 años. Estación Aráoz. Leales. Tucumán, 1970.*

### **El zorro con el sapo y el gallo (Santiago del Estero)**

El gallo y el sapo eran compañeros. Y salen en viaje. Lo invita el gallo, y se van. Se van a Bolivia, porque querían conocer. Bueno. Y entonces, dice que la hallan a la víbora apretada en un palo y les pide de favor que lo saquen. Dice:

-Voy a ser su amigo, su compañero. No les va pasar nada a ustedes, porque yo no los voy a matar, no les voy hacer nada.

Como que la víbora pica y mata a la gente, les dice eso.

Bueno... Entonces el sapo había empezado a entrar por abajo de tierra, a empujar, empujar. Y lo saca. Y se hincha, porque el sapo se hincha, solivia el palo y sale la víbora. Y bueno, y se van juntos. Ya eran tres.

Se van caminando, caminando, caminando... Y por ahí, la víbora diz que lo empezó a perseguir al sapo. Porque al sapo lo come la víbora, lo traga. Y bueno, que a ella le alegaba. Le alegaba diciendo que ella se ha comprometido a acompañarlos y llegar en el destino donde iban. Y que debe ser buena compañera porque lo han sacado del presidio de ahí de donde estaba. Bueno y ahí van discutiendo y lu encuentran a don Juan, que era el zorro.

-¿Y qué hay?

87

-Venga, señor -es que le dice el gallo-. Usté nos va a ser de juez, aquí.

Usté vea, a ésta lo hemos sacau nosotros porque los caminantes lo habían apretau con un palo, y nos ha pedíu de favor que lo saquemos y que va a seguir con nosotros, que nos va acompañar bien, que vamos andar bien en el camino y ahora viene persiguiendoló por comerlo a mi amigo, al sapo.

-¡Ah! -es que dice el zorro-. Cómo no. Yo les puedo servir de juez. ¡Cómo no!

Bué...

-Bueno, ¿y adónde era?

Vuelven pa atrás otra vez, para saber él adonde, de donde lo sacaron.

Van allá, en la esquina donde lo hallaron, ¿no? Y le dice al sapo, el zorro:

-Y usté, ¿cómo lo sacó?

-Yo lo saqué metiendomé por abajo. Me hinché y lo saqué.

-A ver, ma, entre -que le dice-. Entre usté también -que le dice a la víbora.

Que dentre, también. Entró ella también.

-A ver, ma, salga usté -diz que le dice al sapo, y pongalé el palo.

Salió el sapo y quedó la víbora apretada. Así que les hizo un buen juez.  
Áhi quedó otra vez, la víbora como estaba, jodida.  
-Bueno. ¿Han visto? Vayansé no más. Y no se amiguen con nadie. Vayan solos. Lleguen si pueden en Bolivia.

*Rita Vera de Barrionuevo, 92 años. Santiago del Estero, 1970.*

### **El tigre y el zorro (San Juan)**

Esto que cuento es de hace muchísimos años. Entonces los animales hablaban igual que nohotros.

Entonces jue que un tigre había cáido en una trampa. El tigre se 'taba quejando de dolor y se allegó un hombre que iba pasando a ver de quién eran estos quejidos. Entonce el tigre le vio cara de güeno y le dice:

-¿Por qué no mi hacís un favor? ¿Por qué no mi abris esta trampa y me das libertá?

-Sí -dijo el hombre-, pero si te largo sos capaz de comerme.

-No -le dijo el tigre-, cómo te voy a hacer eso. Vamos a ser los mejores amigos del mundo.

Entonces, tanto le rogó el tigre que el hombre lo largó. Di un salto salió de la trampa, y como hacía tres días que no comía lo saltó al hombre. Como 'taba débil el tigre, el hombre pudo hacerse un lado y salvarse. Entonces le dijo el hombre:

-¡Ah!, ¡con que ésas tenemos! -dice el hombre-. ¿No tenís vergüenza, un animal tan valiente como vos, hacer esta traición?

-Tenis razón -dice el tigre-, pero yo estoy muerto di hambre. Pero, mirá, vamos a preguntarle a cinco seres lo que piensan de que yo tengo que comerte ante de morirme di hambre. Si ellos ven que tengo razón ti almuerzo, y sinó te dejo.

94

-Yo preferiría que juevan seis -dice el hombre, que no estaba muy seguro de la justicia de los animales.

Y empezaron a caminar por la orilla di un arroyo. El primer viviente que encontraron jue un burro viejo, que parecía triste y cansado. El tigre le gritó que se acercara. Le esplicaron el caso y le dijo el tigre:

-¿Te parece, amigo, que debo o no comerme a este hombre?

-Yo creo que sí -dijo el burro-. Los hombres son muy malvados. Mirá como estoy de viejo y cansado a fuerza de trabajar mucho, comer poco y aguantar palos. Comelo en seguida -le dijo.

Igual pasó con un árbol, al que le preguntaron, y el árbol dijo que en pago que él daba su sombra, le cortaba el hombre las ramas y le pisaban las raíces como si no le doliera como a ellos.

Siguieron y encontraron una perdiz y le pidieron la opinión. La perdiz dijo que lo comiera porque a ella los hombres li habían robau los güevos y

le habían muerto el marido.

Igual contestó un pescado dorado al que pidieron su opinión. Siguieron caminando hasta encontrar un lagarto que dormía al sol. También dijo que lo comiera porque los hombres eran crueles, que lo perseguían a él sin motivos.

-Güeno -dijo el tigre-, voy a tener güen almuerzo; falta uno solo.

En eso apareció un zorro, que no los quería mucho a los hombres, pero que lo quería menos al tigre. Lo llamó el tigre y le explicó todo.

-¿A qué hombre te referís? -le dice.

-A ése -le dice el tigre-. Me ha puesto en libertá, pero yo tengo mucho hambre y tengo que comerlo. ¿Te parece justo?

-No comprendo nada -contestó el zorro poniendo cara de inocente.

El tigre volvió a explicar, pero el zorro decía que no entendía nada. Que no sabía qué era una trampa. Entonce decía que no se podía dar cuenta cómo podía 'tar en la trampa. Entonce el tigre se puso como 'taba. Ya cuando el zorro lo vio seguro, sin peligro del tigre, le dijo al hombre:

95

-Es mejor que éste se quede ande 'taba. A las fieras no se les puede hacer favores.

El hombre se puso muy contento y el zorro se fue al trotecito, satisfecho de su buena acción.

*Victoria Flores, 50 años. Tamberías. San Juan, 1946.*

*Campesina. Buena narradora.*

*Variante muy original del cuento tradicional.*

## **. Un bien con un mal se paga (San Juan)**

Que eran dos bueyes que sabían andar en un campo. Por áhi viene un tigre y que se comió uno.

Un día, el güey que quedó solo, que oye que un animal bramaba. No se daba cuenta qué animal podría ser.

-Ha de ser mi compañero -que dice.

Créiba que era el alma del buey muerto. Se acercó aonde se óiba el bramido. Había siu un tigre que había estau de espaldas entre unas piedras, áhi, encajau. Dicen que el tigre caendo de espaldas no puede dar vuelta, que es muy duro del cuerpo.

Cuando lo vio el tigre al buey, que le dijo:

-Sacame, sacame, hermano, por favor.

-No -que le dice el buey-, vos me vas a comer.

-No te voy a comer, hermano; cómo voy a hacer eso.

El buey que se arrimaba y se desharrimaba<sup>53</sup>. Al fin de tanto intarlo, se había arrimau el buey, y lo sacó al tigre y se fueron juntos.

En eso que iban, el tigre iba sintiendo mucho hambre, porque había 'tado muchos días sin comer. Entonce que le dice al buey:

-Teniendo carne, de zonzo me pasaré que no me la coma. Agora te voy a comer.

97

Y que le dice el buey muy asustado:

-¡No, no, cómo me vas a comer, así no ha sido el trato!

En eso ven que venía un cura a bestia<sup>54</sup>, y que dice el tigre:

-Pongamos de juez al cura.

-Bueno -que dice el buey.

Ya lo pararon y le pidieron al cura que fuera juez, y le contaron todo, y le dijeron que el tigre lo quería comer al buey.

El cura 'taba más asustau que el diablo. Cuando le hicieron ver el caso, pensó que si él decía que el tigre no lo tenía que comer al buey, lo iba a comer a él; entonce dio la sentencia que lo tenía que comer el tigre al buey.

El buey decía que eso no podía ser, que tenían que buscar un juez mejor, que eso no era justo. En eso que 'taba áhi, cuestionando, llega Juan del Campo. Ya lo llamaron de juez, y éste dijo que cómo había siu el caso. Ya le dijieron que el tigre había 'tau cáido, entre unas piedras, que no podía salir, y que áhi se iba a morir si no lo sacaba el buey. Y entonce dice el zorro:

-¡Ah, usté tiene que ir aonde 'staba! Es de la única manera que yo me voy a dar cuenta.

El tigre no quería ir, pero el juez lo echó no más por la melga. Y ya lo hizo ir que se tire como había 'stau. El tigre fue y se tiró entre las piedras, y el buey le puso las piedras que lo apretaban, y lo pircó<sup>55</sup> más bien de lo que había 'stau. Entonce el zorro dijo que lo dejen áhi, por desagradecido, que no lo saquen más. Y así les salvó la vida al buey y al cura.

-Bueno, ¿qué vale lo que me has salvado la vida? -que le dice el cura.

Le dice el zorro:

-No vale más que, mi familia que es tan larga y tan perseguida de los perros, que aonde quera la matan, le rece un responso cuando encuentre alguno de mis parientes muerto.

-¡Cómo no! -le dice el cura.

98

Se separaron los tres, y se fueron muy agradecidos el buey y el cura.

A poco andar no más, fue el cura y encontró un zorro muerto -éste era el mismo Juan del Campo que se hacia el muerto-, para ver si cumplía o no el cura. Ya el cura se bajó y le dijo un responso. Y siguió. A poco andar, como a dos cuadradas, otro zorro muerto -y era el mismo Juan.

-¡Ay, cierto! -que dice el cura-, tenía razón mi amigo que su familia era muy perseguida.

Se bajó y le rezó al muerto, y siguió. A poco andar, otra vez, otro muerto. Se bajó y le dijo otro responso, y siguió. A poco andar, otro zorro muerto. Ya se bajó y le rezó. Áhi cerca no más otro zorro muerto. Ya se bajó el cura muy fastidiado, y le rezó ligero y siguió. Más adelante, otro zorro muerto. El cura se bajó enojadísimo, lo agarró al zorro de la cola y le dio un golpazo sobre unas piedras. El zorro medio moribundo le

decía, en las últimas voces:  
-Un bien con un mal se paga.  
Y se acabó.

*Felisa Chaves de Páez, 56 años. San Agustín. San Juan, 1947.  
Lugareña inteligente. Gran narradora. Pronuncia la y y la ll,  
diferenciándolas como en todo el Noroeste de San Juan, a la manera de  
Castilla la Vieja.*

### **Un bien con un mal se paga (Mendoza)**

Había una serpiente que se había puesto debajo de una roca a tomar sombra. Y resulta que la roca 'taba mal puesta y durante ella dormía, la tierra se desborona y la roca la aprieta a la serpe. Y entonce queda apretada, solamente con la cabeza afuera. Que tenía siete cabezas. Y la serpiente se pone a quejarse y a pedir por favor que la saquen, por misericordia. Entonce, de pronto viene un hombre de buen corazón y le saca la roca de encima. Ella, en gratificación de lo que la sacó, se lo quiso comer al hombre. Y le dice:

-Toy muerta di hambre y no puedo aguantar más. No puedo ir a buscar qué comer lejos. No tengo más que pagarte el servicio que me has hecho de sacarme de abajo de la roca, con comerte.

Entonce el hombre dice que no podía ser que le correspondiese con comerlo después de haberlo sacado de abajo de la roca y ponerla en libertá.

En ese entonce discutieron el hombre con la serpe. Que el hombre le decía que no era posible que le pagara con comerlo. Y en eso llega otro buen hombre y los encuentra a los dos discutiendo. Uno, decía que no podía aguantar más el hambre, y el hombre que no le podía pagar su buena acción así, que no estaba bien que lo comiese. Y hizo de juez el hombre que había llegado. Y el hombre le dice:

100

-Yo l'hi hecho un servicio a esta serpe y la serpe me quiere pagar el servicio con comerme.

Entonce la serpe dice:

-Yo no le puedo pagar de otra manera. Yo tengo la presa a mi vista y es con lo único que puedo saciar mi hambre.

Entonce el juez le dice:

-Yo no le puedo creer a ninguno de los dos. Para esclarecer este asunto bien, yo tengo que ver cómo estaba apretada esta serpe para dar el fallo a quen tenga la razón.

Y entonce así convinieron la serpe y el hombre que sirvió de juez. Y entonce fueron al lugar ande 'taba la serpe. Y ella se enroscó de nuevo y le pusieron la roca encima y la serpe quedó apretada como estaba antes. Entonce le dice el juez:

-Mirá, eso es para que no siás de mal proceder, que le querís pagar con comerlo al que te ha hecho un servicio. Para que no siás de mala fe, y para que quedís presa. Áhi podís buscar el alimento.

Y entonce le dice al otro:

-Y vos, hombre, ya 'tás salvo de tu apuro.

Y así lo salvó al pobre hombre bueno.

*Rudecindo González, 56 años. Carrodilla. Godoy Cruz. Mendoza, 1951.  
Labrador lugareño. Buen narrador.*

### **Un bien con un mal se paga (Mendoza)**

Era una viejita que tenía un hijo tonto. Y que el tonto le pidió permiso a la madre para salir a rodar tierra. Y se va el tonto por una huella para los campos, y en un barrancón encuentra un tigre, que lo había apretado el barrancón. Y entonce el tigre le pide por favor al tonto que lo saque.

-No -le dice el tonto-, vos me vas a comere<sup>57</sup>. Entonce le contesta el tigre:

-Cómo le vuá comere con el bien tan grande que me va hacer.

Entonce se pone a trabajar el tonto y lo saca al tigre del barrancón.

-Bueno -le dice el tigre-, ahora yo me lo como.

Entonce el tonto se defendía que cómo lo iba a comere si lo había sacado de un gran peligro.

Entonce le dijo el tigre:

-Yo me lo voy a comere no más porque un bien con un mal se paga.

Entonce le dice el tonto que tenían que ver a un juez y que lo que sentenciase el juez eso iba a ser. Entonce lo acetó, el tigre <sup>102</sup>y tomaron la huella<sup>58</sup>. Por áhi encuentran un caballo viejo que 'staba en una sombra.

-¿Quere que aquél sea el juez? -dice el tigre.

-Güeno -le dice el tonto-, que sea ése el juez.

Entonce cuando el caballo vido al tigre quiso disparar, pero 'taba tan flaco que no podía andar. Entonce le dice el tigre:

-No dispere amigo, que vengo a que nos sirva de juez.

Entonce le conversaron lo que había pasado. Entonce sentenció el juez, que sí se lo debía comere porque un bien con un mal se paga. Que él le había prestau muchos servicios al amo y que él lo había botau al campo a que se muera de viejo y de flaco.

Bueno, entonce el tonto dijo:

-Yo rechazo este juez, no me ha sentenciado bien.

Y le acetó, el tigre. Siguieron la huella. Por áhi divisan una zorra.

Entonce le dice el tigre:

-Güeno, que aquella sea el juez.

-Güeno, que sirva de juez y que venga.

El tigre había sido compadre de la zorra. Y se acercó la zorra. Ya después que se saludaron, y todo eso, le conversaron el asunto que cómo habían recurrido al juez. Y entonces la zorra le dice:

-Sí, compadre tigre, debe comerselo porque un bien con un mal se paga, pero asígún y conforme. Mire, el juez tiene que ver cómo estaba para poder sentenciar.

Se volvieron los tres adonde 'taba el tigre apretado. Llegaron. Entonce le dice la zorra:

-Usté, compadre, pongasé tal como estaba y el señor le va dejar quer el peñasco.

El tigre sin querer se puso ande estaba y el tonto le dejó quer el peñasco. La zorra lo comenzó a zalameriar al tigre y le dice:

-¿Así 'taba compadre?

-Sí, comadre, así 'taba, pero hagamé sacar el peñasco.

103

Pero áhi no más la zorra y el tonto se fueron y lo dejaron al tigre apretado.

-Bueno, entonce -le dice la zorra al tonto- ahora que li salvau la vida, ¿cónque me va a pagar usté?

El le dice:

-¡Soy tan pobre que cónque le voy a pagar!

-¿No tiene gallinas?

-Sí, tenemos unas gallinitas.

-Mañana traigamé una.

La zorra le enseña la casa ande vivía y por donde se las iba a llevar. Llega el tonto a la casa de la zorra con la gallina. Entonce le dice la zorra:

-Larguemela por áhi, no más.

Que era una playa<sup>59</sup> ande le dijo. Al momento la zorra mató a la gallina y se metió en la cueva.

-Mañana traigamé otra -le dijo al tonto.

Al otro día le llevó otra gallina el tonto. Entonces se anotició de un vecino que tenía unos perros galgos.

-Y traigamé otra -le vuelve a decir la zorra.

-Yo le voy a tráir tres -le dice el tonto.

Y echó dos perros galgos en la bolsa, y en la boca 'e la bolsa iba una gallina. La zorra empezó a preguntar:

-¿Y qué tráis áhi?

-Le traigo todas las que quedan pa no 'star viajando tanto.

Y entonce como de costumbre le dijo:

-Larguemelas por áhi no más.

Así que le largó la gallina, y cuando la zorra iba a comer la gallina, le largó los galgos. Entonce la zorra salió disparando y se alcanzó a entrar a la cueva. De allá le empezó a decir al tonto:

-Vea qué cierto es lo que dijo mi compadre tigre, que un bien con un mal se paga. Yo t'hi salvau la vida, y ahora me querís matar.

104

Entonce 'taba retándolo al tonto y se da güelta para atrás y se ve la cola que se le había engrifau<sup>60</sup> con el susto, y le dice:

-Ve, de esta cola sucia me hicieron los perros unas cuantas escapadas; me la hi de hacer cortar.

Y sin darse cuenta viene retrocediendo hasta la puerta de la cueva. Y áhi li alcanzan la cola los galgos y la sacaron y la mataron.

*Ramón Tapia Ponce, 71 años. Libertad. Rivadavia. Mendoza, 1951.  
Agricultor en el cultivo de los viñedos de la comarca. Buen narrador.*

### **Un bien con un mal se paga (Mendoza)**

Resulta que en los campos se sentía un grito. En un despeñadero se sentía un grito muy fiero, qu'era como un chillido y un lamento. Y un cazador qui andaba en los campos se allega, y era un viborón que estaba apretado con un peñasco. Y que le dice la víbora:

-Sacame que ya me muero, que 'toy apretada con este peñasco.

-No, no, no te saco, porque me vas a picar -le contesta el hombre, claro, muerto de miedo.

Y la víbora le pide y le vuelve a pedir que la saque, que no le va a hacer nada, que le va a quedar muy agradecida. Y tanto le clamó que la sacara, que al último le dice:

-Te voy a sacar la piedra, pero no me vas a hacer nada.

Cuando la libró del peñasco, se le envolvió en el cogote del hombre y le puso la cabeza contra el ojo, y le dice:

-Te voy a picar.

-No me piqués -que le dice-, por favor. Ti hi sacau y me vas a pagar con una ingratitú.

Y la víbora que le decía que no podía más di hambre y que lu iba a comer.

Y el hombre le pedía que viera lo qui hacía.

-Busquemos un juez, a ver si es justo que me piqués.

Y entonce la víbora le dijo que güeno y lo dejó al hombre. Y jueron a buscar un juez. Y van y encuentran un güey. Y que 106le cuentan el caso y le dicen si es justo que la víbora le pague el bien que li ha hecho el hombre. Y entonce le dice el güey:

-Yo l'hi servíu a mi patrón toda la vida y agora mi ha echau al pasto pa llevarme a matarme al matadero.

-Has visto -le dice la víbora- que un bien con un mal se paga -y se lo quería comer otra vez.

-No, no -que le dice el hombre-, no puede ser; eso no es justo. Tenemos que buscar otro juez.

'Taban discutiendo cuando lo ven pasar a lo lejos a Juan del Campo -así lo llaman al zorro-. Y lo llaman. Y le piden una sentencia. Y como Juan del Campo es tan astuto dice que le espliquen bien el caso. Y entonce le dice el hombre:

-Aquí, esta señora, 'taba apretada abajo d'este peñasco y yo l'hi sacado, y agora me quiere picar. Ella dice que es justo porque tiene hambre, y yo

digo que no me puede pagar así.

Y entonces dice Juan del Campo:

-Yo quisiera verla onde ha 'tau esta señora.

Y ya se jueron. Y levantaron el peñasco. Y se puso el viborón áhi enroscau. Y que el zorro le dijo al hombre que le suelte el peñasco, y el hombre se lo soltó. Y quedó apretau como 'taba. Y entonces que le dice Juan del Campo a la víbora:

-Quedate áhi, no más, como has estado, por ingrata.

Y se jueron y la dejaron a los gritos a la víbora. Y entonces el hombre le dice a Juan del Campo que cómo le puede pagar la hazaña qui ha hecho de salvarlo. Y el zorro le dice:

-Este favor te voy a pedir: cuando enconrés un zorro muerto, hacé un pozo y lo enterrás.

Y el hombre le dijo que cómo no. Cuanto caminó un trechito encontró un zorrillo muerto. Áhi no más hizo un pozo y lu enterró. Caminó otro trecho, y otro zorrillo muerto. Hizo un pozo y lu enterró. Caminó otro trecho, otro zorro muerto. Hizo un pozo y lu enterró. Caminó otro trecho y otro zorro muerto. Hizo un pozo y lu enterró. Y güeno, y tantos zorros muertos encontraba, que ya le dio rabia, y dice:

-Qué tantos zorros muertos, ¡caracho!61

107

Y agarró un palo, le pegó un palo al zorro que encontró muerto, y l'hizo saltar los sesos, y lo botó pa ajuera del camino.

Por áhi que había ido pasando otro Juan del Campo y había 'tau mirando, y le dijo:

-¿Has visto que un bien con un mal se paga?

Y áhi vio el hombre que era cierto el refrán.

*José Mercedes Brizuela, 70 años. Alto del Olvido. Lavalle. Mendoza, 1951.  
Peón agricultor en los viñedos de la comarca. Ha cursado los primeros  
grados de la escuela primaria.*

### **La víbora ingrata (San Luis)**

Era un muchacho que vivía solo en el campo.

Siempre oía llorar, clamar, abajo di una piedra, cuando pasaba cerca di un lugar.

No sabía qué podía ser, y como le daba lástima este quejido, agarró un día el lazo y se jue pa ver deque se trataba. Llegó y ya vio una víbora grandota que 'taba aplastada por una tremenda piegra.

En cuantito llegó y lo vido la víbora empezó a pedir por favor que la saque, que se li había caido encima ese peñasco. Al joven le dio lástima y enlazó la piegra y a la cincha del caballo la ladió. Y áhi pudo salir la

víbora. Pero como ésta había 'tau varios días hambriando, se le vino encima y le dice:

-¡Me lo como! ¡Me lo como!

Y el muchacho le dice:

-Pero, señora, entre en razón, cómo me va a comer después que l'hi salvau la vida.

Y la víbora lo quería comer nada más. Entonce le dice el mozo que pórque no consultan a otros si era justo que ella lo coma después que la ha salvau. Bueno. Consiente la víbora y siguen por el camino. Y áhi no más encuentran una zorra, y la llaman, y le dice el mozo:

-Vea, comadre, le vamos a preguntar una duda qui hay acá. Mire, yo salvé a esta señora di abajo di una piegra y agora me quiere comer. Usté dirá si así se paga un favor.

109

Y la víbora seguía diciendo:

-¡Me lo como! ¡Me lo como no más!

Y entonce le dice la zorra:

-Y a lo mejor tenga razón esta señora.

-Pero, cómo, comadre, puede tener razón, si yo la hi salvau a ella y ella me quiere comer a mí.

Entonce le dice:

-Bueno, pero vaya a saber, aunque usté la sacó di abajo de la piedra, a lo mejor ella tenga razón.

Entonce consintió la víbora y se volvieron al lugar donde la había sacau el mozo. Entonce le dice la zorra:

-¿En qué forma ha 'tau esta señora? Que se ponga pa ver, porque yo creo que tiene razón.

Entonce se puso la víbora, y el muchacho le puso la piegra pisandolá como había 'tau ante, cuando él la había sacau.

Entonce la vido la zorra y le dice:

-Agora veo que no tiene derecho de comerlo. Quedesé no más como 'taba y aguantesé por ingrata.

Áhi la dejaron pisada y se jueron. El mozo agradecido le dice a la zorra:

-Mire, comadre, mi casa es como si juera su casa. Vaya a buscar alguna gallina cuando guste.

Y la zorra comenzó a ir a buscar gallinas. El hombre tenía gran cantidá de gallinas, pero tantas se jue llevando la zorra, que al fin no li había quedau más que el gallo. Habían entrau a perdecelé y era que la zorra se las llevaba.

Bueno... El hombre guardaba el gallo bien seguro, de miedo que también se le perdiera. Entonce, justamente viene la zorra. Se saludan Y le dice:

-¿Cómo le va compadre?

-Y no muy bien, comadre; con perjuicio ando. ¿Sabe que de tantas gallinas que tenía no mi ha quedau más que el gallo?

Y la zorra le dice:

-En busca de él vengo.

-¡Ah! -que le dice-, pero muy bien, comadre. Esperesé que le voy a buscar máiz, asi lu agarramos.

110

Estando adentro el muchacho soltó dos enormes galgos que tenía. Y áhi la

sacaron a la zorra corriendo. Y la llevaban te mato y te mataré. Y entró a correr la zorra y ahí pudo entrar a una cueva. Ya cuando 'taba adentro y medio descansó un poco, la zorra se conversaba ella misma:

-Ustedes, patitas, cómo corrían tan ligero cuando me traían te mato y te mataré los galgos, cómo saltaban ramas, y pozos y pencas, y todo lo que había por todos lados y me salvaron. Y ustedes, ojitos, cómo miraban cuando 'taba en tan apremiada situación, para que pudiera andar por donde fuera más fácil para engañar a los galgos y esconderme. Pero, muy bien, pero, muy bien.

Y en eso que 'taba ahí le pregunta a la cola:

-Y usted, colita, ¿qué hacía?

-¡Ah! yo -le dice la cola- me puse sucia de miedo y me enredaba en cuanta rama había a ver si mi agarraban los galgos, porque yo no podía más.

Entonces la zorra enojada le dice:

-¡Salga pa ajuera! ¡Salga pa ajuera cola cochina! ¡Cola hedionda! ¡Cola inservible!

Y empezó a retroceder enojada como pa echar la cola ajuera. Los perros habían quedau en la boca de la cueva esperando que salga, como hacen los perros del campo cuando persiguen un bicho. Y claro, en quantito asomó la punta de la cola la agarraron los perros, la sacaron y la mataron. La hicieron tiras a la zorra, la descuartizaron. Y ahí si acabó todo.

*Fausto Agüero, 45 años. La Salina del Bebedero. La Capital. San Luis, 1958.*

*El narrador es peón salinero. Conoce muchos cuentos que a veces narra a sus compañeros, aunque el pesado trabajo no le deja ánimo para hacerlo, según manifiesta.*

### **La víbora ingrata (San Luis)**

Éste era un hombre que vivía solo en su casita, en el campo. Tenía animalitos y hacía trabajos en su campito.

En sus idas y venidas siempre oía para el lado donde había una gran peña, llantos, clamores. Un día agarró el lazo y se fue a ver qué era esto.

Entonces vio que abajo de la peña 'taba agarrada una víbora grandota.

Entonces la víbora cuando lo vio a este hombre le clamó que le sacara la peña. El hombre tenía recelo, pero la víbora le dijo que ella le iba agradecer, que no le tuviera miedo. Bueno, el hombre enlazó la peña y la sacó. En quantito la víbora se sintió libre empezó a querer comer al hombre y le decía:

-¡Me lo como! ¡Me lo como no más! Entonces el hombre le dice:

-Pero, cómo me va a comer después que la he salvado. Entonces la víbora le dice:

-Hace muchos días que estoy sin comer, así que lo como nomás.

Entonces le dice el hombre:

-Mire, entre en razón, cómo me va a comer. Mire, vamos al pueblo a buscar alguna persona que nos diga si usted tiene razón, que sirva de juez.

Tanto le dijo el hombre que la víbora dijo que bueno y se fueron. En el camino encontraron a una zorra y la pararon. Entonces le dice el hombre:

-Mire, yo salvé a esta señora de abajo de una peña y ahora me quiere comer. Diga si hay razón.

112

Entonces la víbora dice:

-Yo lo como y lo como. Y dice la zorra, haciéndole de ojo al hombre:

-Bueno, pero vaya a saber si esta señora no tiene razón. Yo para opinar tengo que ver cómo estaba esta señora.

Entonces se volvieron al lugar de la peña. Entonces le dice la zorra:

-Yo tendría que ver cómo estaba esta señora. En qué forma la pisaba<sup>62</sup> la piedra. A ver, vuelvasé a poner como 'taba antes.

Entonces la pusieron a la víbora abajo de la piedra, bien pisada como estaba antes. Entonces dice la zorra:

-Ahora veo que no tiene derecho de comerlo a este hombre. Se fueron, y le dice el hombre a la zorra:

-Mire, comadre, mi casa es como su casa.

La zorra le agradeció y cada uno tomó su camino.

El hombre tenía gran cantidad de gallinas. La zorra se las había ido llevando. Pasado un tiempo, el hombre vio que no le quedaba más del gallo.

Justamente llegó la zorra y se ponen a conversar. Entonces le dice el hombre:

-¿Sabe, comadre, que de tantas gallinas que tenía no me queda más del gallo?

-En busca de él vengo le dice la zorra.

-¡Ah! -que le dice-, pero muy bien comadre. Esperesé que voy a buscar maíz, así lo agarramos.

Entró adentro el hombre y soltó dos enormes galgos que tenía y la sacaron corriendo a la zorra. Y la zorra entró a correr hasta que pudo meterse a una cueva.

Adentro, la zorra, después que descansó un poco, se preguntaba ella misma, ya cuando le pasó el susto:

-Ustedes, patitas, ¿qué hacían cuando me traían corriendo los galgos?

-Nosotros saltábamos ramas y pozos -se contestaba.

-Y ustedes, ojitos, ¿qué hacían en tan apurada situación?

-¡Ah!, nosotros mirábamos siempre adelante, y tratábamos de mirar ande fuera más fácil salvarse.

113

-¡Pero, muy bien! ¡Pero, muy bien!

-Y usted, colita, ¿qué hacía?

-Yo me enredaba en las ramas a ver si me agarraban los galgos.

Entonces la zorra enojada dice:

-¡Salga para ajuera! ¡Salga para ajuera cola cochina!

Y empezó a retroceder y hacía ademán de botar la cola.

Y claro, los galgo que 'taban en la puerta esperando, la sacaron y la mataron.

*Nicasio Muñoz, 25 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1988.  
El narrador, oriundo del lugar, ha cursado los grados de la escuela local.  
Compárese el lenguaje y el estilo de este narrador con los del narrador anterior a quien oyó muchas veces el cuento.*

### **La serpiente ingrata (San Luis)**

Había una vez un hombre que había quedado viudo y tenía muchos animales. Los salía a ver todos los días. Un día iba pasando por cerca de un corral hecho de piedra, y sintió que abajo de una piedra muy grande se sentían unos quejidos, y se sentía que lloraban. Entonces dijo el hombre:

-¿Qué lo que será esto? Si se siente esto a la tarde, cuando vuelva voy a dar vuelta la piedra. ¡Quién sabe no sea el alma de mi esposa que anda penando!...

Bueno, se fue el hombre para el campo, y a la tarde, cuando volvió y iba pasando, sintió que se quejaban y lloraban más fuerte debajo de la piedra. Bueno, se fue no más para las casas porque era tarde. Al otro día temprano ensilló y se fue a dar vuelta la piedra. Le puso el lazo y la ató a la cincha, y la hizo tirar con la mula que tenía ensillada. Cuando la piedra se dio vuelta, saltó una serpiente que había apretada en la piedra, y se lo quería comer al hombre. Entonce le dijo el hombre:

-No me coma, señora Serpiente; mire que yo la hi salvado, l'hi sacado la piedra de encima, yo le hi hecho un bien. Agora usted me quiere comer.

-Yo lo voy a comer no más -le dijo la serpiente-, porque usted no sabe que un bien con un mal se paga.

-No puede ser -le dijo el hombre-. Mire, señora, vamos más allá, a ver si encontramos alguno que los dé la razón. Si usted tiene razón, me come, y si yo la tengo, me deja.

115

Así lo hicieron. Se fueron. En seguida encontraron un güey que ya no podía caminar de flaco, todo lastimado. Le dijo el hombre a la serpiente:

-Acá le vamos a preguntar a este güey, a ver quién tiene razón.

Bueno, le dijieron:

-Oiga, señor Güey, venga, saquelós de esta duda.

-Mire -le dijo el hombre-, esta señora serpiente estaba apretada abajo de una piedra muy grande, y yo con mi mula le saqué la piedra, y agora me quiere comer. ¿Será justo o no? Ella me dice que un bien con un mal se paga.

-Mire -le dijo el güey-, yo creo que tiene razón la señora Serpiente. Yo ante era nuevo, gordo, mi dueño sabía arar la tierra con mí. La sembraba, la cosechaba, trabajaba todo el año con mí y me atendiya<sup>63</sup> muy bien. Agora que m'hi puesto viejo mi han tirado por acá para que me muera. Así es que yo, después de haberle hecho tanto bien, agora él me ha pagado con un mal.

-Bueno -le dijo la serpiente al hombre-, agora me lo como, yo tengo razón.

-No, señora Serpiente, ¡no me coma todavía! Vamos más allá a preguntarle a

otro.

Se fueron. Ahí cerca había un caballo reflaco, estaba lastimado en el lomo y en el pecho. Lo llamaron y le dijeron:

-Mire, señor Caballo, usted los va a dar la razón. Yo saqué esta señora Serpiente de abajo de una piedra, que ya se moría, y ahora, en pago d'eso, ella me quiere comer, porque dice que un bien con un mal se paga.

-Mire -le dijo-, yo era un caballo hermoso, era muy guapo. A mí me ataban al arado, al coche, en todas partes. Mi dueño si ha puesto rico con mi trabajo, y ahora que me 'hi puesto viejo mi ha tirado al campo para que me muera; ya no si acuerda más de mí. Así está visto que un bien con un mal se paga.

-Bueno -le dijo la serpiente-, no hay más remedio que lo tengo que comer; yo tengo razón, un bien con un mal se paga.

116

-No, señora Serpiente -le dijo el hombre-, vamos más allá. A ver, le vamos a preguntar a otro. Si da la misma respuesta, me come.

Bueno, siguieron. Ahí cerca encontraron una zorra, y le dijeron:

-Oiga, señora Zorra, venga que le queremos hacer una pregunta.

-No -le dijo la zorra-, me van a matar ustedes.

-No, venga -le dijo el hombre-. Esta señora Serpiente 'staba abajo de una piedra muy grande, y yo la saqué de ahí, y ahora ella quiere comerme. ¿Será justo que después de haberle hecho un bien, me quiere pagar con un mal?

-Sí -le dijo la serpiente-, ustedes saben que el que hace un bien, que espere un mal.

-Bueno -le dijo la zorra -yo no puedo dar ninguna respuesta. Yo tengo que ver cómo ha estado la señora Serpiente, para decíle cual tiene razón.

Así que se fueron para donde había estado la serpiente, y le dijo la zorra:

-Pongasé como ha estado usted, abajo de la piedra. Y usted -le dijo al hombre- enlace la piedra como la tenía enlazada para darla vuelta.

Bueno, así lo hicieron. Cuando la serpiente si acomodó bien, hecha rosca como había estado, la zorra l'hizo seña al hombre que le tirara la piedra encima. Y ahí se quedó por morirse. Por más que se lamentaba no le hicieron juicio<sup>64</sup>.

Bueno, la volvieron a apretar a la serpiente, y le dijo la zorra al hombre:

-Bueno, amigo, yo lo hí salvado de que no lo coma la serpiente, así que a mí me debe la vida.

Bueno -le dijo el hombre-, mire señora Zorra, vaya a mi casa. Allá tengo gallinas, pavos, patos, gansos. Venga a traer todo lo que usted quiera.

Así que se fue el hombre tranquilo a su casa.

117

A la noche fue la zorra, y comió bastantes gallinas, y vido que quedaban muchísimas más aves. A la noche siguiente volvió la zorra. Envitó a otra zorra más y comieron bastante, y otras gallinas llevaron. Así siguieron viniendo todas las noches. Un día, fue el hombre y vido que no había quedado más que un gallo y un gallineto<sup>65</sup>, que la zorra no había podido agarrar. Al día siguiente 'staba enojado el hombre con la zorra, y de repente, cuando golpearon la puerta, salió el hombre y era la zorra.

-Güen día, amiga zorra, ¿cómo le va?

-Bien -le dijo la zorra-, y a usted, ¿cómo le va?  
-Bien -le dijo el hombre-. ¿Cómo no ha venido ante?  
-Si hí estado viniendo todas estas noches, y agora vengo a llevar un gallo y un gallineto que ha quedado.  
-Bueno -le dijo el hombre-, pase.  
Pasó la zorra y se sentó. Entonce el hombre fue y desató tres perros que tenía atados y los trajo y se los arrimó a la zorra. Y la agarraron los perros, y ya la mataban y decía la zorra:  
-Bien decía la serpiente que un bien con un mal se paga. Razón tenía.  
Miren, yo lo hí salvado a este hombre que no lo coma la serpiente, y agora él me hace matar con los perros.  
Y la terminaron de matar los perros.

*Julían Aguilera, 39 años. Saladillo. Pringles. San Luis, 1945.  
Gran narrador.*

### **Un bien con un mal se paga (San Luis)**

Había un señor qui había enviudau, y que era muy rico el señor. Después que pasó por el duelo, s'iba a trabajar por la mañana y volvía por la noche. Tenía la casa llena di un todo, pero como tenía perros muy guardianes, s'iba sin cuidado.  
Como de costumbre, s'iba, en una noche d'ésas, y oyó, en un bañadito, unos lamentos que daban lástima. Él lu interpretó que sería la señora que andaba penando. Entonce dijo:  
-Si mañana oigo otra vez los lamentos, voy hacer coraje, y voy abrir con el cuchillo los montes, y me voy a llegar a ver dónde son esos lamentos. Bué... Se jue.  
Al otro día, cuando pasó por áhi, los mismos gemidos en el mismo punto. Entonce él se bajó y con el caballo de tiro, comenzó a hacer una sendita. Cuando ya llegó a una laja grande qui había, vio que di áhi salían los lamentos. Y entonce, él sacó el lazo, enlazó la piedra, ató a la cincha del caballo, y tiró. Y entonce salió una serpiente que le llegó al estribo del caballo, por comerlo, y que le decía:  
-¡Me lo como, me lo como!  
Entonce él si asustó, y que le dice:  
-Señora, l'hi hecho un bien ¿y me va comer?  
-¡Ah! -que le dice ella- ¿no sabe usted que un bien con un mal se paga? ¡Me lo como y me lo como!  
119  
-¡Pero, señora, cómo va a comerme! ¡Pero, señora!, caminemos por el camino nacional, hasta qu' encontremos algunos señores que nos den algunos pareceres, y después me come.

Y le cedió ella, y siguieron.

A poco andar, ya caminaron un trecho, y ya vinieron unos caballos con mataduras en el lomo, que no podían caminar, y venían unos pájaros comiendolós. Y ya los saludaron. Y ya les dijo el hombre:

-Señores, délos una sentencia.

-¿Qué sería?

-Esta señora l'hi hecho un bien y me quiere pagar con un mal.

-Nosotros himos sido unos caballos muy estimados de nuestros amos. Himos sido muy ligeros, y li himos hecho ganar mucho dinero, miles de pesos a nuestro amo. Cuando ya estuvimos viejos, miren cómo los han largado; que ya los comen los pájaros.

-¡Has visto! ¡Has visto! -le dice la serpiente al hombre- agora te como.

-¡Pero, señora! -le dijo el hombre-, caminemos otro poquito, busquemos otra sentencia y áhi me come.

Al poco andar encontraron unos güeyes. También en el mismo estilo de los caballos, también lastimados por los cuadriles, y por todas partes, que ya se cáiban. Y ya les dijo el hombre, después que los saludaron:

-Señores, delos una sentencia.

-¿De qué se trata? -dijeron ellos.

-Que a esta señora yo l'hi hecho un bien, y ella me quere comer.

-¡Ha, señores, nohotros himos sido muy estimados de nuestros amos! Le himos dado mucho dinero a nuestros amos en los sembrados y en los negocios. Cuando éramos jóvenes, 'tábamos perdidos en las alfas, agora que somos viejos y enfermos, los han botau nuestros amos para que los coman los pájaros.

Áhi no más la señora se lo quiso comer, y qu' el hombre le volvía a rogar:

-¡No, señora!, que a las tres sea la vencida. Caminemos otro poco y busquemos otra sentencia.

120

Bué... Qui habían andau un buen trecho. ¿Pórque no si atraviesa una zorra a la distancia. Áhi no más la grita el hombre, pero como él llevaba unos perros, la zorra de lejo le dijo qué quiere.

-Venga, delos una sentencia.

Sin arrimarse, le dijo la zorra que cómo era eso, y que agarrara los perros. Y agarró los perros el hombre y se allegó la zorra, y dice:

-¿Cómo es eso? ¿Cómo es eso?

-A esta señora yo l'hi hecho un bien y ella me quere pagar con un mal, me quere comer.

-¡Ah, no, no! Un bien con un bien, y un mal con un mal. Y áhi que la serpiente se lo querís comer al hombre, y que la zorra tan viva que se dio cuenta, y que dice:

-¡Ah! a no ser que la señora tenga razón, y ha de ser no más que la tenga, eso tendría que presenciar yo. ¡Puede tener razón, por lo que veo... Yo quisiera ver cómo estaba esta señora para opinar.

-Güeno, volvamos -dijieron los dos.

Ya volvieron; llegaron al lugar. El lazo había quedado atado a la piedra, y el hombre levantó la piedra.

-¡A ver, acomodesé señora, como estaba, que yo creo qui usted tiene razón

-dice la zorra y li hace de ojo al hombre.

El hombre tenía miedo y no entendía, pero al fin entendió, y le largó la

piedra en todo el peso. Y la serpiente quedó apretada otra vez.

Y la serpiente gritaba y se lamentaba, pero la dejaron no más áhi pa que se muriera por mal pagadora.

-¡Ah, señora Zorra! -que le dice el hombre-, ¡qué bien me ha hecho! Tengo la casa llena de aves, venga cuando quiera.

-¿Y esos perros?

-Yo les voy echar llave. ¡No tenga cuidado!

Ya la zorra comenzó a ir a la casa del hombre y a comer aves. Él nu estaba casi nunca, y ella se aprovechaba y comía por demás.

121

Un día viene el hombre del trabajo y nu encuentra más de tres aves ande había cientos. Entonce le dio tanta rabia, que si olvidó del favor que li había hecho la zorra, y dijo:

-Si viene esta grandísima pícara, l'hago charquiar con los perros.

Y en ese momento que tocan las manos. Se levanta, y de repente llega la zorra.

-¡Bueno día, señora! -que le dice- ¿pórque si ha perdiu tanto?

-No, s'hí estau viniendo.

-Ya de las aves no veo más que tres.

-Sí, si nu hay más, y por ellas vengo.

-Güeno, señora, voy a sacar maíz para llamarlas.

Se jue, y abrió la puerta a los galgos, y los perros la sacaron matando a la zorra, y que la zorra gritaba lo que l'iban corriendo:

-¡Bien decía el viborón que un bien con un mal se paga!...

Y ya la agarraban los perros, y en eso encontró una vizcachera y que se zampó áhi. Pero que los galgos eran acostumbrados a esperar hasta que salían los bichos de las cuevas, y que se quedaron en la puerta echados, calladitos.

Y ya la zorra que créiba que 'ataba sola, comenzó hacer gracias de gusto lo qui había pasau el susto. Y decía:

-Patitas, ¡ustedes cómo si hacían pa disparar, aunque hubiera espinas!

Ojitos, ustedes, ¡cómo si hacían para ver pa todos lados!... Orejitas, ustedes, ¡cómo si hacían para oír todos los ruiditos! ¡Y ustedé, colita! Yo m' enredaba en ustedé, en todos lados, y por ustedé casi mi agarran los galgos. ¡Salga, salga p' afuera por pícara y sucia!

Y retrocedía. Y saca la cola como pa tirarla, y los perros qu' estaban áhi, l'agarraron de la cola, la sacaron p' ajuera, y la mataron.

*Juan Lucero, 59 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1944.*

## **El juez zorro (San Luis)**

En cierta época iba un caballo flaco por un sendero, quizá tal vez a buscar un valle donde había agua abundante y pasto. Cuando estaba en el

camino, siente que de la ladera de la sierra le pega un grito el león, y lo llama con estas palabras:

-Señor caballo, señor caballo, por favor, venga, favorezcamé que ya me muero apretado con esta peña.

El caballo se siente un poco con miedo y en un principio no le hace caso, pero en vista de que éste le suplica que vaya, se aproxima, y cuando se aproxima le dice:

-No tenga miedo amigo, no te voy hacer nada, sacame la peña.

Entonces el caballo, condolido de lo que pasaba, le dice:

-Pero, ¿qué me prometes si yo te hago este servicio?

-Que vamos a ser íntimos amigos. Yo no te voy a comer, por el contrario, voy a ser tu protector. Te veo muy enflaquecido. Te llevaré a un lugar donde hay mucho pasto y hermosa agua. Y ahí cambiarás vos completamente de figura. Te prometo que no te voy a comer. Ésa es mi palabra y la voy a cumplir.

El caballo creído le saca la piedra y una vez que el león está libre le dice que sigan por la senda. Habían caminado ya un trecho largo, y le dice el león al caballo.

-Mire, amigo, yo estoy muy cansado, me duele mucho la mano. Descansemos un poco. Yo tengo un hambre que ya me muero y he pensado que no hay más remedio que comerte.

123

Cuando dice eso, el caballo le dice:

-Y ¿cómo? ¿Eso es lo que vos me prometistes? ¡Qué palabra falsa! ¿no? Cuando están discutiendo, en eso, lo que el león había prometido, aparece un zorro. Le dice el caballo al león:

-Mirá, allá va un zorro. Yo creo que este señor es juez. Lo vamos a llamar para que diga si hay o no razón para que me comas.

Lo hablan al zorro, llegan a donde está y cuál será la sorpresa cuando les dice:

-¿Qué necesitan de mí? Yo soy el zorro juez.

Entonces el caballo le dice:

-Mire, señor juez, el señor León estaba en una situación crítica cuando yo atravieso a pasar por el sendero. Me llama para que le desaprete la mano, la mano que la tenía apretada por una peña enorme, que ya se moría. Hacía dos días que estaba ahí y ahora me quiere comer. Usted dirá si esto es justo.

El zorro le dice:

-Yo, para dar ese fallo, en el asunto de ustedes, tendremos que volver a ir al lugar del hecho.

Se volvieron, obedeciéndole la orden al señor juez. Llegaron al lugar donde estaba, y le dice:

-Bueno, ponga la mano. Usted, apretelé con la piedra.

Una vez que estuvo apretado, le dice.

-Bueno, la condena es que vos tienes que morirte ahí apretado por ser falso de palabra.

La consecuencia es que cuando se promete una cosa, aunque sea de valor, y cueste lo que cueste, hay que cumplirla.

*Samuel Zavala, 65 años. La Carolina. Pringles. San Luis, 1969.  
El narrador, maestro jubilado, nativo de la región, oyó este cuento hace varios años a Bonifacia Salinas, nacida en La Carolina, de donde nunca salió.*

## **El hombre, el tigre, la serpiente, el zorro (San Luis)**

Que se había entrampado un tigre. Que había quedado agarrado de una mano, en la trampa. Que iba pasando un arriero de esos que viajaban antes, y que le pide por favor que lo saque. El arriero le dice que tiene miedo que lo coma después. Y entonces le dice el tigre que no, que iban a ser buenos amigos. Y al fin, tanto le rogó, que lo sacó de la trampa.

Como el tigre había 'tau preso tanto tiempo, 'staba muerto di hambre, y en seguida no más lo quiso comer al hombre. Y el hombre que le dice que cómo lu iba a comer si li había salvau la vida. En eso que 'taban discutiendo, que pasa por ahí cerca el zorro, don Juan. Y que el hombre le dice que lo llaman para que jueza juez. Y que el tigre consintió, y lo llamaron.

Lo llamaron al zorro y le contaron que el tigre había 'tau agarrau de una mano en una trampa y que le había pediu que lo sacara. Que lo sacó y que ahora se lo quería comer. Y que el zorro, con toda picardía, le dijo que él tenía que ver cómo había sido, y cómo tenía la mano el tigre. En un descuido del tigre le había dicho al hombre que lo iba a salvar.

Jueron al lugar. El tigre puso la mano y el hombre la agarró con la trampa. Ahí no más s'hicieron un lado. Y le dijo el zorro que se quede no más ahí por desagradecido. El tigre se quedó bramando de rabia, y más lo que le dolía la mano.

Entonces el hombre le dijo al zorro cómo l'iba a pagar ese servicio. Entoce el zorro le dijo que cuando encuentre alguno muerto de su familia, l'hiciera una sepultura jueza del camino 125y que lu enterrara dejandolé la cabeza ajuera. Y le agradeció el hombre y se despidieron.

Al ratito no más después que se separaron, encontró el hombre un zorro muerto en el camino. Si apartó del camino, cavó un pocito y lu enterró con la cabeza ajuera. Caminó otro trechito, ¡y otro zorro muerto! Lu enterró lo mismo. Anduvo otro trechito, ¡y otro zorro muerto! Lo volvió a enterrar. Al ratito no más, ¡otro zorro muerto! Güeno, ya se cansó y sí enojó el hombre y dice:

-¡Qué tanto embromar, con tantos zorros muertos!

Y agarró y lo enterró con cabeza y todo y li apisonó la tierra. Y así le pagó al zorro. Y así es, que un bien con un mal se paga.

*Leoncia de Morán, 46 años. Concarán. Chacabuco. San Luis, 1951.  
Lugareña. Buena narradora.*

Nota

Nuestro cuento de Un bien con un mal se paga es uno de los más extendidos como tipo universal; son particularmente numerosas sus versiones y variantes en la tradición de Oriente, de Europa y también de la América española. La versión más antigua es, sin duda, la de La víbora ingrata, oriental y esópica antigua.

Difusión geográfica del cuento

A. Un hombre encuentra un tigre, un león o una serpiente atrapado en una peña con riesgo de muerte. El hombre se apiada y le da libertad.

B. El animal ingrato lo quiere comer. Se ponen de acuerdo en consultar a tres jueces. Los dos primeros, animales domésticos, fallan en contra del hombre.

C. El tercer juez es el zorro. Se propone salvar al hombre y declara que, para poder opinar, debe ver cómo estaba el cautivo. El animal ingrato se deja apresar como estaba y el zorro le dice al hombre que lo deje allí hasta que se muera.

D. El hombre recompensa al zorro con pollos o corderos y cuando éste resulta cargoso, le larga los perros, que lo matan.

En nuestro país tiene gran difusión en las provincias más tradicionales y conservadoras.

\* Tomado de Cuentos y Leyendas Populares de la Argentina, de Berta Elena Vidal de Battini.

Dada la vastedad de ésta enjundiosa obra la Biblioteca Virtual Universal, sin perjuicio de presentarla en sus cinco volúmenes, adopta el método de ofrecerla también dividida para favorecer la búsqueda del lector.

En cada uno de los cuentos la autora menciona al narrador original, del cual extrajo la versión.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

